



**MEMORIAS
CARDENAL
RAUL SILVA HENRIQUEZ**

T O M O I

ASCANIO CAVALLO

EDICIONES COPYGRAPH

La primavera del Concilio Vaticano

La primera noticia sobre el Concilio Vaticano II la recibí cuando era obispo de Valparaíso, en 1960. En su *Diario del Alba*, Juan XXIII cuenta que a fines de 1958, poco después de asumir el Papado, mientras conversaba con su secretario de Estado, el cardenal Domenico Tardini, sobre los problemas de la Iglesia en el mundo contemporáneo, una palabra saltó a sus labios “como la flor espontánea de una primavera inesperada”: “¡Un Concilio!”. El cardenal Tardini, entusiasmado, replicó: “¡Sí, sí, un Concilio!”.

Después de eso, a comienzos del 59, el Papa le planteó su idea a un grupo de 18 cardenales reunidos en la Basílica de San Paolo Fuori le Mure. Y el Concilio se echó a andar.

Cuando supe la noticia tenía ya dos años de vida. Aún así, el Concilio recién había empezado a inquietar a los obispos de América Latina. En esa ocasión, el administrador apostólico de Santiago, Emilio Tagle, citó a una reunión para discutir qué haría el Episcopado chileno. Recuerdo bien que habló el obispo de Concepción y rector de la Universidad Católica, don Alfredo Silva Santiago.

—Para qué nos vamos a preocupar —dijo—, si el Concilio ya está cocinado. Los esquemas van a ser aprobados.

Me impactó el uso de estas palabras para un evento al que la Santa Sede parecía dar la máxima importancia. Don Alfredo era un hombre que conocía bien la política del Vaticano, pero esto era algo inusual. A pesar de mi desacuerdo, y considerando que era tan nuevo en el Episcopado, guardé silencio. Poco después comprendería que en verdad la posición de don Alfredo era la normal entre los episcopados del continente, que consistía en dejar a la jerarquía romana los grandes problemas de la Iglesia.

Apenas me hice cargo del Arzobispado de Santiago comenzaron a llegarme los documentos de Roma sobre el Concilio. En todos

ellos se solicitaba expresamente nuestro aporte. Y yo creí entender que moralmente no se podía permanecer indiferente frente a requerimientos tan importantes. Hacerlo equivalía a dar la espalda a las necesidades de una Iglesia moderna.

Comenzamos, pues, a organizarnos. Pedí ayuda a los profesores de la Facultad de Teología de la Universidad Católica y formé con ellos un grupo de entusiastas y jóvenes teólogos, en cuyo centro estuvieron Egidio Viganó, Juan Ochagavía y Jorge Medina, y a los que se sumaron muchas veces León Tolosa, Raúl Hasbún, Gustavo Ferraris y el panameño Marcos McGrath, que era el decano de la Facultad. Acordamos reunirnos una vez a la semana, para preparar documentos y analizar los que nos llegaban. Lo hacíamos puntualmente, con gran entusiasmo, en el Seminario. Los estudiantes que nos veían llegar se burlaban: "Ahí vienen las madres del Concilio". Al poco tiempo, Mc Grath, uno de nuestros cerebros, fue nombrado obispo auxiliar de Panamá y nos dejó. Hoy es una figura de relieve mundial.

Precisamente McGrath fue uno de los miembros de este equipo que resultó crucial para desarrollar un documento sobre la Iglesia y el mundo, que fue uno de los pilares de nuestro aporte al Concilio. Este trabajo fue después leído en el aula conciliar y tuvo una notable acogida. El canónigo y perito belga Charles Moeller, autor de varios tomos sobre la literatura cristiana del siglo XX, que estuvo en Chile en ese período, se reunió con nosotros para discutir el esquema sobre la Iglesia, en un debate muy enriquecedor al que se incorporó plenamente nuestro trabajo. El canónigo Moeller fue después uno de los revisores de la Constitución *Lumen Gentium*; en los documentos del principal de los redactores de ese mismo documento, el teólogo de Lovaina monseñor Philips, se cita varias veces nuestro trabajo.

En la fase preparatoria nos visitó también el cardenal Joseph Frings, de Colonia, que conversó sobre los temas del Concilio con el grupo.

—He leído el aporte de Chile —diría más tarde— y siento un aire nuevo que viene. Es algo muy importante y muy hermoso.

Era un ambiente de intenso estímulo intelectual, creativo y espiritual; resultaba imposible no entusiasmarse con las nuevas ideas, con

el sentimiento de que muchas cosas podrían cambiar, de que la Iglesia retomaría su papel de vanguardia.

Por añadidura, después de hacerme cardenal, el Papa me nombró miembro de la Comisión Central Preparatoria del Concilio, con lo que empecé a viajar a Roma a las reuniones que se realizaron durante el año 62. Recuerdo bien que en una de esas sesiones hubo una votación en la que mi voto fue contrario al de todos los demás asistentes; pero al poco rato llegó el representante del Papa, quien votó tal como yo lo había hecho.

Estos pequeños signos me hicieron sentir que mi posición era muy concordante con el espíritu del Concilio, que el "aire fresco" de que había hablado el cardenal Frings tenía mucho que ver con mis ideas sobre el papel de la Iglesia en el mundo moderno. Supongo que estos hechos contribuyeron también a crear en otras personas la idea de que yo jugaría un cierto papel en el acontecimiento.

La fecha de inicio del Concilio fue fijada para el 11 de octubre de 1962. Para entonces yo ya sabía que éramos uno de los equipos mejor preparados de América Latina, tal vez uno de los pocos que había estudiado con tanta dedicación los temas que se tratarían. Pocos días antes de la inauguración, los obispos chilenos partimos a Roma y tuvimos una reunión con otros episcopados latinoamericanos, en la iglesia del Sacro Cuore.

Se trataba de saber qué posiciones se presentarían en el Concilio, y si habría alguna actitud conjunta de los obispos del continente. Todos estábamos un poco nerviosos y bastante desorientados sobre lo que podría ocurrir. En la sesión tomó la palabra don Alfredo Silva Santiago, quien, ratificando sus ideas anteriores, explicó que el Concilio aprobaría varios documentos, los que serían escritos y propuestos por diez comisiones conciliares. Dijo que esas comisiones ya estaban formadas y que nuestro deber sería apoyar el trabajo preparatorio realizado en Roma. Hubo un profundo silencio luego de su intervención. Ningún aplauso lo rompió, por largos minutos: para mí resultó claro, entonces, que una corriente profunda y mayoritaria pensaba que nuestra misión conciliar no debía seguir ese camino, sino el de la participación activa.

En verdad, una parte importante de los obispos convocados al Concilio pensaba que no habría nada que hacer. Esta opinión se fundaba

en el hecho de que Juan XXIII había tomado otras dos iniciativas previas, y ambas habían sido administradas por la Curia romana. Una fue el anuncio de reforma del Código de Derecho Canónico, que regía desde 1917, para lo cual se creó una comisión cuya primera composición era fuertemente curial. La otra fue la realización de un Sínodo de Roma, que inició un debate sobre la principal diócesis de la cristiandad entre 190 párrocos romanos, con muchas comisiones y subcomisiones. El resultado del Sínodo fue un conjunto de normas sobre el comportamiento de los sacerdotes, algunas de las cuales eran tremendamente prohibitivas: no se podía ir a espectáculos públicos, había obligación de usar hábito, no se podía circular después de ciertas horas.

Estos rasgos del Sínodo lo hicieron aparecer reglamentarista. Pero en verdad, la iniciativa había tenido un efecto más profundo, aunque menos visible: la diócesis de Roma había tomado una conciencia más fuerte de sí misma y desde su base habían surgido nuevas propuestas para la catequesis y la pastoral.

Por lo demás, era necesario mirar con atención la manera en que el Papa estaba actuando. En el 59 les había dicho a los obispos de Roma que su deseo era que el Concilio no tuviese un enfoque dogmático, sino pastoral; ese mismo año publicó su encíclica *Ad Petri Cathedram*, donde enfatizaba en la idea de seguir y observar "los signos de los tiempos"; poco después, en una entrevista con el diario *La Croix*, había empleado por primera vez la expresión *aggiornamento* (puesta al día) para describir el objetivo del Concilio; en el 60 dio un paso trascendente con la creación del Secretariado Para la Unidad de los Cristianos; finalmente, durante dos años se hicieron consultas a más de dos mil hombres de Iglesia en torno al Concilio y la comisión preparatoria, que empezó siendo muy reducida, terminó con representantes de 57 países.

Pero por si todo esto no fuera suficiente, resultaba claro que un Concilio era un acontecimiento superior en la vida de la Iglesia. Hasta entonces se habían realizado 20 concilios, y el último, de 1871, llamado Vaticano I, fue suspendido en medio de intensos debates, debido al estallido de la guerra franco-prusiana y la irrupción de las tropas italianas en Roma. De aquella sesión (a la que asistió el arzobispo Rafael Valdivieso) salió el dogma de la infalibilidad papal, una característica respuesta de sus tiempos a las tendencias antirromanas, desarrolladas por el galicanismo francés y el josefismo de Europa central. Como los principales temas quedaron pendientes, la idea de un nuevo Concilio quedó rondando en la mente de la Iglesia. Se sabía

que Pío XI hizo una extensa consulta secreta ya en 1932, y Pío XII creó incluso una comisión preparatoria. Pero la magnitud de la tarea impidió que se llevara a efecto.



El Papa es llevado en la silla gestatoria a través de la Plaza de San Pedro, en la ceremonia de apertura del Concilio.

Juan XXIII, en cambio, estaba firmemente decidido a sacarlo adelante. Y no sólo eso: también a convertirlo en un gran suceso ecuménico, de encuentro de todo el mundo cristiano, sin restringirlo a los católicos. Para 1962, ya tenía definidos los tres grandes objetivos del encuentro: la participación de la Iglesia en la búsqueda de una humanidad mejor, la adecuación de las estructuras y mensajes a la nueva realidad, y la preparación de caminos para la unidad de los cristianos.

Sobre esta base pronunció su inolvidable discurso de apertura, en el que levantó la voz de la fe y de la esperanza por sobre los “profetas de la perdición” que “ven en los tiempos modernos sólo prevaricación y ruina”, que “andan diciendo que nuestra época, en comparación con las de antaño, ha ido empeorando”, y que, en fin,

“actúan como si nada hubieran aprendido de la historia, que siempre es maestra de vida”. Fue un discurso contagioso, lleno de optimismo: sin duda, marcó el destino del Concilio.



11 de octubre de 1962: vista de la Sala Conciliar, el día de la inauguración, mientras Juan XXIII lee su discurso inaugural.

La primera congregación (reunión) se realizó el sábado 13 de octubre de 1962, con la asistencia de 2.540 padres conciliares, incluidos cardenales, obispos residenciales, prelados *nullius*, padres orientales, superiores generales de las grandes órdenes y obispos titulares. Era un espectáculo apabullante: los extensos estrados construidos a lo largo de la Basílica formaban un abigarrado rectángulo de colores, con todos los padres ordenados según rigurosas normas de precedencia, primero por título y luego por antigüedad.

Conforme al reglamento elaborado, un Presidium de diez cardenales ordenaría las sesiones, y cada padre conciliar dispondría de diez minutos para hablar, según el mismo orden de precedencia antes mencionado. Esto permitía que los que éramos cardenales tuviésemos prioridad, lo cual a su vez explicaría por qué muchos obispos buscaron que yo los representara en algunos discursos. Se ha dicho con razón que por este procedimiento la voz de los cardenales fue deci-

siva; y tanto es así, que después de sus intervenciones se daba un pequeño descanso.



El discurso del cardenal Achille Liénart (de pie) al comienzo de las sesiones cambió el rumbo del Concilio. En la mesa de los Presidentes, lo acompañan los cardenales Joseph Frings, Thomas Gilroy (a la izquierda), Eugene Tisserant, Ignace Tappouni, Enrique Pla y Deniel, Francis Spellman y Antonio Caggiano (a la derecha).

Pues bien, en la primera congregación se planteó la necesidad de constituir diez comisiones (160 miembros en total) para trabajar en los esquemas ya elaborados; su función sería redactar los documentos finales. Algunas figuras conservadoras de la Curia, que habían conseguido ya cierto dominio sobre las comisiones preparatorias, distribuyeron las listas de candidatos para estas nuevas comisiones: eran las mismas personas que habían trabajado en los primeros borradores. A muchos no nos pareció bien esto, que tendía a convertir al Concilio en un ente de mero trámite formal, de aprobación de lo ya hecho.

De pronto, y antes de que nadie hablara, pidió la palabra el cardenal Achille Liénart, de Lille. Y propuso que antes de votar por estas comisiones se diese un tiempo para que los padres se conocieran y plantearan nombres alternativos. Luego se levantó el cardenal Frings, que, ahora en nombre de todos los obispos alemanes, respaldó la proposición anterior. Se produjo un aplauso estruendoso en la sala; de hecho, se considera que este gesto fue la primera votación del Concilio. El cardenal Eugene Tisserant, que presidía, aceptó la moción después de unas consultas y levantó la sesión.

El plazo fue de tres días. Como era tan escaso, vino entonces un febril trabajo de elaboración de listas paralelas a las que proponía la Curia. Nosotros nos dedicamos de lleno a esta tarea, con la muy crucial ayuda de don Manuel Larraín, que conocía a numerosos prelados. Si queríamos que en el Concilio estuviesen representadas todas las tendencias y opiniones, las listas eran vitales. Visitamos una por una a las conferencias episcopales de muchos países, preguntando por los candidatos que tenían para cada comisión. Luego confeccionamos las listas y las distribuimos entre los mismos obispos.

En el momento de la votación, resultó que muchos candidatos de esas listas nuestras entraron a integrar las comisiones, y éstas variaron totalmente su carácter cerrado y unívoco.

Quedó claro en ese momento que el Concilio no estaría prefabricado y que tomaría la dirección que los padres conciliares quisieran darle. Era una muestra inequívoca de que habíamos venido de todas partes del mundo no para aceptar determinados esquemas, sino para trabajar en un mensaje de salvación que saliera al encuentro de nuestra hora histórica.

Así lo declaró expresamente un *Mensaje al Mundo* redactado por los padres conciliares, con autorización del Santo Padre, en el que se proclamó que la voluntad del Concilio era la renovación: en la fe, la esperanza y el amor a Dios y los hombres. Los padres se declaraban solidarios con la pobreza, el hambre, el miedo y los sufrimientos del mundo y querían subrayar la vocación maternal de la Iglesia.

Aquello fue refrendado apenas comenzaron los debates, cuando el Presidente de EE.UU., John Kennedy, decretó el bloqueo de Cuba tras detectar la presencia de misiles soviéticos en la isla; el anuncio motivó que la URSS declarara el estado de emergencia y movilizara sus tropas, con lo cual en pocas horas pareció llegarse al borde de una catástrofe nuclear. En el medio de la crisis, que inundó de preocupación el aula conciliar, el Papa dirigió un mensaje a los jefes de Estado de las superpotencias, llamando a la paz. La tensión bajó unos días después, pero la intervención del Papa mostró a una Iglesia activa y decidida, para la que no era permisible el silencio ni la indiferencia.

La primera polémica se planteó en la cuarta congregación, al debatirse el primero de los esquemas, sobre la sagrada liturgia. El prefacio

del texto, en el que participaron destacados peritos de la tendencia de la renovación litúrgica, que promovía una profundización mayor en el misterio de la liturgia, junto con su modernización y énfasis participativo, recomendaba un uso más frecuente de las lenguas vernáculas. Varios cardenales hablaron en favor de esta idea. Yo mismo intervine en esa ocasión para dar mi apoyo a la reforma.

Contra esta tesis se levantaron de inmediato las voces más conservadoras, entre las cuales destacó la del cardenal Alfredo Ottaviani, secretario del Santo Oficio. Ottaviani era un hombre cálido y afable, pero extremadamente vehemente en la defensa de las posiciones tradicionalistas. Había trabajado en el Santo Oficio desde 1935, y, tal vez debido a la fuerte posición de ese dicasterio durante la primera mitad del siglo, parecía sentir que tenía una especial facultad para juzgar el error. En 1961, cuando el PDC italiano hizo una coalición con los socialistas de Pietro Nenni, el Vaticano prohibió a los prelados hacer comentarios, pero no pudo impedir que Ottaviani sacara una enérgica condenación. En ese período desarrolló una intensa actividad tratando de prohibir lo que estuviera fuera de la línea que él consideraba oficial; llegó a intentar el retiro de una carta de los obispos belgas, encontrando una fuerte resistencia de los prelados alemanes, austríacos y franceses. Antes de iniciarse el Concilio, escribió un largo *Syllabus* en el que proponía una lista de "errores modernos" que debían ser condenados; finalmente, encabezando la poderosa Comisión Teológica del Concilio, fue una pieza clave en el intento por mantener la forma de las comisiones preparatorias.

Pues bien: Ottaviani dirigió la defensa del uso del latín en la liturgia, pero no se limitó a este punto, sino que, con su privilegiada inteligencia, atacó todas las premisas del movimiento litúrgico. Rechazó la idea de que la liturgia fuese un medio de instrucción del pueblo, e incluso de la necesidad de participación. Y concitó tras de sí el apoyo de los cardenales italianos de la Curia y de algunos obispos norteamericanos, igualmente conservadores.

Pero, lentamente, otros padres del Concilio fueron demostrando que el uso del latín hacía hermética la liturgia. En algunos casos, como China, esto estaba poniendo al catolicismo en una posición muy difícil ante el pueblo. Otros dieron argumentos históricos sólidos: Cristo habló en un dialecto arameo-galileo, la Biblia se escribió en

hebreo, en Roma se usó el griego helenístico y sólo en el siglo III la Iglesia comenzó a usar el latín... *por ser la lengua del pueblo, la vulgar*. En la propia sala conciliar muchos padres exhibían una pésima pronunciación del latín, y otros tantos simplemente no lo entendían. Don Eladio Vicuña, obispo de Chillán, hizo un hermoso discurso recordando a los fieles que rodeaban el altar sin comprender lo que oían en la Misa. Don Manuel Larraín tuvo otra intervención impactante, en la que defendió una mayor simplicidad, belleza y pobreza evangélica en el uso de trajes y ornamentos.



Cardenal Eugène Tisserant.



Cardenal Joseph Frings.



Cardenal Alfredo Ottaviani.



Cardenal Léon Josef Suenens.



Teólogo Karl Rahner.



Teólogo Yves Congar.



Cardenales Bernard Alfrink y Giovanni Battista Montini.

Estos argumentos culminaron en una dramática reunión el 29 de octubre, cuando Ottaviani lanzó una ofensiva final. “¿Están estos padres planeando una revolución?”, se preguntó, en medio del silencio de la Basílica. Pero siguió hablando... y se le pasó el tiempo.

Entonces el cardenal Bernard Alfrink, que era partidario de la reforma y que ese día presidía, lo detuvo. El diálogo en latín fue impresionante.

—*Eminentia vestra*— dijo Alfrink— *habeat me excusatum, quindecim momenta praeterierunt*. (Su Eminencia tendrá que excusarme, pero han pasado ya quince minutos).

El cardenal Ottaviani se desconcertó.

—*Ego jam finivi, jam finivi...* (Ya terminaba, ya terminaba...).

Casi simultáneamente, el secretario, monseñor Pericle Felici, le quitó el micrófono. Un estruendoso aplauso aprobó la intervención del presidente, y el cardenal Ottaviani, bastante molesto, se retiró de la sala, a la que no regresó hasta medio mes después. Esta confrontación reveló que el Concilio se dividiría en dos grandes grupos: uno, con una orientación doctrinal; el otro, con un fuerte énfasis pastoral. No había en esto ninguna categoría política, ni nada que se le pareciera; en cambio, resultaba claro que el sentimiento mayoritario favorecía la segunda visión, aunque tampoco quería anular la primera.

El esquema sobre la liturgia introdujo importantes modificaciones a las normas en uso. Se permitió usar extensivamente las lenguas vernáculos, se buscaron modos de estimular la participación de los laicos en la liturgia, se recomendó la sobriedad y la pobreza, se amplió y mejoró el concepto de concelebración, se abrió la comunión por las dos especies y se simplificaron sustancialmente los ritos más complejos.

Una vez aprobado, se pasó al segundo esquema, sobre la revelación, que había preparado precisamente la Comisión del cardenal Ottaviani.

La tesis de este esquema era que la revelación se basaba en dos fuentes: las Escrituras y la Tradición. El texto confería tanta importancia (o más) a la segunda como a la primera, y se oponía taxativamente a las corrientes modernas que tendían a ver ambas cosas como un solo e indivisible cuerpo; por supuesto, rechazaba también la tesis protestante según la cual no hay otra fuente que las Escrituras, muy propia de la resistencia a la primacía papal. A partir de este principio dual, el esquema se explayaba luego en una extensa condenación de los errores, usando un tono doctoral y eminentemente teológico.

La reacción adversa fue muy rápida y enérgica. El cardenal Liénart hizo un llamado a “cultivar la fe del pueblo, no condenarlo”. Un patriarca oriental sostuvo que el esquema encarnaba “el espíritu de la Contrarreforma”, el de una Iglesia a la defensiva, en pie de guerra, condenatoria. Yo también intervine en el mismo sentido, pero ahora hablando en el nombre de los obispos de Sudamérica, que ha-

bían aprobado mi pequeño discurso. Opiné que caracterizando a la Iglesia como un juez dedicado a castigar se conseguía un doble efecto negativo: alejar más a los no católicos y crear disensiones entre los católicos; propuse rehacer y abreviar el esquema, con un tono más paternal y amistoso, y concluí: “Somos pastores, no teólogos. No tenemos tiempo para las disputas de las escuelas”.

Después de esto se produjo un discurso clave, que clarificó definitivamente el enfoque que se esperaba de los padres conciliares. Lo hizo mi amigo el cardenal Léon Josef Suenens, arzobispo de Malinas-Bruselas. Pidió que los esquemas se preocuparan especialmente de considerar a la Iglesia en una doble dimensión, hacia fuera (el mundo) y hacia dentro. Al formular esta distinción, el cardenal Suenens dejó claro que había un camino específico para el Concilio, que era el de *adaptar a la Iglesia a su tarea en el mundo moderno*. Esto permitía no sólo ajustar el carácter de los textos, sino el orden de los esquemas y la secuencia de los debates.

Unos días más tarde intervino el cardenal de Munich, Julius Döpfner, para decir que la Comisión Teológica había informado que el esquema se había redactado por consenso, lo que algunos de los miembros de la propia Comisión negaban. En vista de tan grave discrepancia, agregó, el esquema debería retirarse. Hubo un gran aplauso y sobrevinieron prolongadas discusiones durante un par de días más. Hasta que se llegó a una votación. Los detractores del esquema conseguimos amplia mayoría, pero no los dos tercios reglamentarios.

Con ello, pareció que la tesis de la Comisión Teológica iba a imponerse. Pero entonces intervino el Papa: debido a la amplitud de la mayoría, pidió que el esquema se retirara y se iniciara la redacción de uno nuevo, integrando otras posiciones. Hay algunos autores, como el jesuita Robert Rouquette, que opinan que con esta votación de mayoría, que ocurrió el 20 de noviembre, “se acababa la época de la Contrarreforma y comenzaba para la cristiandad una nueva era”.

Ottaviani no cejó en sus empeños. Ese mes pidió que se prohibiera al Instituto Bíblico (cuyos miembros realizaban nuevas investigaciones sobre la historicidad de las Escrituras) dictar charlas en Roma, e intentó que el teólogo Karl Rahner, de Innsbruck, fuese expulsado de la ciudad. Pero no estaba el clima para estas cosas.

Rahner y otro teólogo de gran peso, el belga Yves Congar, que también estuvo “congelado” por el Santo Oficio pocos años antes, eran dos de los favoritos para dar conferencias ante los obispos; en nuestro grupo chileno ellos fueron dos de nuestros invitados más atentamente oídos. El Concilio se estaba desarrollando en un ambiente de tanta amistad y estímulo intelectual, que se decía que buena parte de él se realizaba en los dos cafés dispuestos a los costados de la Basílica, el *Bar Jonah* (un juego de palabras: en hebreo significa “hijo de Juan”, que es una referencia a Pedro en las Escrituras), y el *Bar Abás*. En estas circunstancias, las medidas punitivas estaban fuera de lugar.

Nosotros mismos habíamos desarrollado métodos de gran consenso. Como Episcopado chileno, nos reuníamos en la casa salesiana de Vía Marsala, y estudiábamos cada tema en conjunto. Primero, nuestros teólogos redactaban proposiciones, y luego los obispos las discutíamos. Teníamos “observadores” en otras conferencias episcopales, y ellos también enviaban a la nuestra. Este fenómeno, que se generalizó a los pocos días de iniciado el Concilio, dio un fuerte protagonismo a las conferencias episcopales, cuyo papel hasta ese entonces había sido un tanto ambiguo. Ahora estaba claro que, contra lo que se había pensado, el colegio episcopal era la auténtica base de la unidad de la Iglesia.

En las congregaciones siguientes se debatió un esquema sobre los medios de comunicación social, que fue reducido a la forma de un instructivo pastoral, y se alcanzó a debatir un esquema (de tres distintos propuestos) sobre la unidad de los cristianos. Antes de entrar en el detalle del debate, se encargó a una comisión mixta elaborar un nuevo esquema, fusionando las tres proposiciones, que por lo demás estaban apuntadas a distintos objetivos: los principios generales de la unidad cristiana, las iglesias orientales (integradas a Roma o separadas de ella) y los protestantes.

Para entonces ya era seguro que todos los que habían soñado en un Concilio de una sola sesión habían errado en el cálculo. De los 73 proyectos originales, sólo se habían discutido cinco, en 115 horas de sesiones: más de un mes de trabajos. El Papa anunció entonces las fechas de la segunda sesión (que sería el año siguiente, en 1963) y se elaboró la posible tabla de esquemas. Allí se anunció la presentación del esquema sobre la Virgen, que produjo una polémica anti-

cipada, porque quienes pensábamos que la Virgen no debía tener un esquema separado, sino formar parte del esquema sobre la Iglesia, nos expusimos a los primeros ataques duros de parte del sector conservador de la Curia.

Sin embargo, nuestra posición primó y se inició el debate sobre el esquema de la Iglesia, contra la opinión de la Comisión Teológica y del cardenal Ottaviani, que no quería abordar este tema. El obispo de Brujas, Emile de Smedt, lo destruyó con una sola intervención: lo denunció como un acto de “triumfalismo, clericalismo y juridicismo”.



Juan XXIII clausura la primera sesión del Concilio, el 8 de diciembre de 1962.

Vinieron otras intervenciones del mismo tenor, hasta que pidió la palabra un cardenal de mediana estatura y voz suave. Dijo que el esquema pecaba, no sólo de tono juricista, sino que también de incoherencia y falta de coordinación. Todos entendimos que esa

intervención era decisiva: quien hablaba era un hombre muy cercano al Papa, que sólo había hecho un discurso hasta entonces. Giovanni Battista Montini, cardenal arzobispo de Milán, puso con sus palabras la lápida sobre el esquema, que fue remitido de regreso para una nueva redacción.

La Gran Misión del 63

De ese modo concluyó la primera sesión del Concilio. Algunos periodistas mostraron su desaliento por la lentitud del avance; otros pensaron que los resultados eran excesivamente pobres; unos terceros estimaron que todo el debate serviría de poco y nada ante el peso de la Curia romana. Pero estas opiniones olvidaban el profundo impacto que el Concilio estaba produciendo en la Iglesia Universal.

Los padres conciliares habían llevado hasta el aula una representación efectiva de toda la humanidad, con sus diferencias, problemas y virtudes. La luz de la inteligencia había terminado por opacar el folclore imponente de la cita. Los problemas de los hombres tenían por primera vez un análisis a fondo, hecho por hombres de excepción. Nunca los valores humanos habían sido sometidos a un examen tan extenso y variado. La cristiandad entera, sacudida por este acontecimiento, comenzaba a mostrar la decisión de buscar el entendimiento de todos los hombres, la unidad entre todos los hermanos en la fe, el privilegio de la misericordia sobre la justicia, la promoción de la paz en los corazones por sobre las luchas de la inteligencia. El Concilio estaba a punto de marcar una vuelta en la historia humana y representar la aurora de días mejores.

Por nuestra parte, no podíamos haber obtenido mejores resultados. La Conferencia Episcopal había vivido una experiencia inigualable de unidad e intercambio y, contra lo que se creía al comienzo de las sesiones, cuando nadie esperaba nada de América, habíamos exhibido una fuerza pujante e innovadora. El cardenal Döpfner nos proporcionó un gran elogio cuando dijo, al terminar esta primera sesión, que uno de los grandes descubrimientos de los obispos alemanes en esta experiencia era el descubrimiento del postergado Episcopado de América Latina.